

SERMON
PARA EL JUEVES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE LA VERDAD DE LA RELIGION.

Amen dico vobis, non inveni
tantam fidem in Israel.

Os digo de verdad, no he ha-
llado tanta fe en Israel.

MATTH. 8. v. 10.

- ¿De qué provenia la incredulidad que Jesucristo reprende hoy á los judíos, y qué motivo podrán tener para dudar de la santidad de su doctrina y de la verdad de su ministerio? Si habian pedido milagros, los habia obrado á su vista tan convincentes, que nadie antes de él los habia hecho semejantes. Si habian deseado que su ministerio fuese autorizado con testimonios, ya Moisés y los profetas los habian dado, y el precursor habia dicho claramente: Ved ahí el Cristo y el Cordero que viene á borrar los pecados del mundo. Un gentil glorifica en el presente Evangelio

su omnipotencia; el Padre celestial desde lo alto del cielo habia declarado que este era su Hijo querido. Finalmente, los mismos demonios, acobardados con su santidad, salian de los cuerpos, confesando que era el santo y el Hijo de Dios vivo. ¿Qué podia, pues, oponer la incredulidad de los judíos á tantas pruebas y prodigios?

Ved aquí, católicos, lo que aun el dia de hoy se podia preguntar con mas admiracion á aquellos espíritus incrédulos que despues del cumplimiento de todas las profecías, despues de la consumacion de los misterios de Jesucristo, de la exaltacion de su nombre, de la manifestacion de sus dones, de la vocacion de los pueblos, de la destruccion de los ídolos, de la conversion de los césares y del consentimiento del universo, dudan aún é intentan ellos solos contradecir y trastornar lo que los trabajos de los hombres apostólicos, la sangre de tantos mártires, los prodigios de tantos siervos de Jesucristo, los escritos de tantos hombres grandes, las austeridades de tantos santos anacoretas y la religion de diez y siete siglos, han establecido tan universal y divinamente en el espíritu de casi todos los pueblos.

Porque, católicos, en medio de los triunfos de la fe se levantan aún en secreto entre nosotros algunos hijos de la incredulidad, á quienes ha entregado Dios á la vanidad de sus pensamientos, que blasfeman de lo que ignoran; algunos hombres impíos que mudan, como dice un apóstol, la gracia de nuestro Dios en lujuria, manchan su carne, desprecian toda dominacion, blasfeman de la Majestad, corrompen todos sus caminos como animales sin razon, y están guardados para servir algun dia de ejemplo á los terribles juicios de Dios sobre los hombres.

Y por si acaso entre tantos como junta la religion en este lugar se hallase alguna de estas almas, permitidme,

católicos, vosotros que conservais con respeto el depósito de la doctrina que habeis recibido de las manos de vuestros mayores y de vuestros pastores, que yo me valga de esta ocasion, ó para desengañarla ó para impugnaria; permitidme que yo haga aquí lo que tantas veces hacian los primeros pastores de la Iglesia en presencia de su pueblo congregado, esto es, que yo haga la apología de la religion de Jesucristo contra la incredulidad, y que antes de instruiros acerca de vuestras obligaciones durante esta santa carrera, empiece poniendo los primeros fundamentos de la fe, pues sirve de mucho consuelo á los que creen, el conocer lo razonable que es su sumision, y el persuadirse á que la fe, que parece el escollo de la razon, es su único consuelo, su única guia y su único recurso.

Este es todo mi asunto. La incredulidad rehusa sujetarse á las verdades reveladas, ó por una afectacion vana de razon, ó por un errado dictámen de la soberbia, ó por un indiscreto deseo de independenciam. Hoy, pues, quiero manifestar que la sumision que rehusa la incredulidad por una vana afectacion de talento, es el uso mas prudente que puede hacer de la misma razon, que la sumision que rehusa por un errado dictámen de la soberbia, es el paso mas glorioso, y finalmente, que la sumision que desprecia por un indiscreto deseo de independenciam, es el sacrificio mas indispensable; y de aquí infiero los tres grandes caracteres de la religion, esto es, que es razonable, que es gloriosa y que es necesaria.

¡Oh Salvador mio, autor eterno y consumidor de nuestra fe! defended vos mismo vuestra doctrina. No permitais que vuestra cruz, que os ha sujetado todo el universo, sea aún la locura y el escándalo de los espíritus soberbios; triunfad tambien hoy con los ocultos prodigios de vuestra

gracia de la misma incredulidad, de la que en otro tiempo triunfásteis con las prodigiosas obras de vuestro poder, y destruid con aquellas vivas luces que alumbran los corazones con mayor eficacia que todos nuestros discursos, la soberbia que aun se levanta contra la ciencia de vuestros misterios. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Empecemos suponiendo desde luego, católicos, que la fe y no la razon es la que forma los cristianos, y que el primer paso que se pide á un discípulo de Jesucristo es que cuative su entendimiento y que crea lo que no puede comprender. Con todo eso, afirmo que la misma razon nos guia á esta sumision; que quanto mas superiores son nuestros talentos, mas nos dan á conocer la necesidad de someternos; y que el partido de la incredulidad, lejos de ser el partido de la fuerza, del talento y de la razon, es el del error y de la flaqueza.

Así como la razon tiene sus límites, tiene tambien su uso en la fe, y como la ley buena y santa en sí misma no servia mas que para guiar los hombres á Jesucristo y paraba aquí como en su término, del mismo modo la razon, aunque buena y justa en sí misma, pues es un don de Dios y una participacion de la razon soberana, no debe servir ni se nos ha dado mas que para allanar el camino de la fe; pero es temeraria y sale de los términos de su primera institucion si quiere traspasar estos sagrados límites.

Supuesto esto, veamos quién usa con mas prudencia de su razon, ó el fiel que cree ó el incrédulo que rehusa ei creer. La sumision á las verdades que se nos proponen para que las creamos, puede tenerse por credulidad ó por

parte de la autoridad que nos la propone, y si ésta fuese leve, será flaqueza el creerla; ó por parte de las cosas que se nos quieren persuadir, y si éstas se oponen á los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad ó de la conciencia, será ignorancia el recibirlas como verdaderas; ó finalmente, por parte de los motivos que se alegan para persuadirnos, y si éstos son vanos, frívolos é incapaces de determinar á un entendimiento prudente, será imprudencia el dejarse engañar; luego es fácil inferir que la autoridad que pide á los fieles la sumision, es la mayor, la mas respetable y la mejor fundada que hay en la tierra; que las verdades que se les quieren persuadir son las únicas que son conformes á los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad y de la conciencia; y finalmente, que los motivos con que se pretende persuadirlas son los mas decisivos, los mas triunfantes y los mas propios para sujetar los espíritus menos crédulos.

Cuando hablo de la autoridad de la religion cristiana, no es mi intento restringir la extension de esta voz solamente á la autoridad de los santos concilios, en los que la Iglesia por boca de sus pastores forma decisiones y propone á todos los fieles las reglas infalibles de culto y de doctrina. Como mi discurso no se dirige á la herejía, sino á la incredulidad, no considero tanto aquí á la religion como opuesta á las sectas que el espíritu de error ha separado de la unidad, esto es, como reducida á la sola Iglesia católica, quanto como formando desde el nacimiento del mundo una sociedad aparte, único depósito del conocimiento de un Dios y de las promesas del mediador, absolutamente opuesta á todas las religiones que despues se han levantado en el universo; siempre impugnada y siempre la misma; y digo que su autoridad tiene en sí unas señales de verdad tan resplan-

decientes, que sin extravagancia no se la puede negar la sumision.

En primer lugar, la antigüedad en materia de religion es un carácter respetado de la razon, y puede muy bien decirse que una creencia consagrada por la religion de los primeros hombres y por la sencillez de los primeros tiempos, forma ya un género de prueba en su favor. No quiero decir que no se gloríe muchas veces la mentira con los mismos títulos, ni que no haya entre los hombres errores inveterados que parece disputan á la verdad la antigüedad de su origen; pero es muy fácil al que quiere saber su historia, llegar á averiguar su nacimiento. La novedad es siempre el carácter mas constante y mas inseparable del error, y á todos los errores se les puede aplicar la sentencia del profeta: *Novi, recentesque venerunt, quos non coluerunt patres eorum.*¹

Y á la verdad, si hay alguna religion verdadera en la tierra, debe ser la mas antigua de todas, porque si hay alguna verdadera religion en la tierra, esta debe ser la primera y mas esencial obligacion del hombre para con el Dios que quiere ser venerado en ella; luego es preciso que esta obligacion sea tan antigua como el hombre, y como está unida á su naturaleza, debe, por decirlo así, haber nacido con él. Y este, católicos, es el primer carácter que desde luego distingue la religion cristiana de las supersticiones y sectas. Esta es la mas antigua religion que hay en el mundo. Los primeros hombres, antes que un culto impío se fabricase divinidades de piedra y de madera, adoraron al mismo Dios que nosotros adoramos, le levantaron altares, le ofrecieron sacrificios, esperaron de su liberalidad

¹ Deuter. 32. v. 17.

la recompensa de su virtud, y de su justicia el castigo de su desobediencia. La historia del nacimiento de esta religion es la historia del nacimiento del mismo mundo. Los libros divinos, en que se ha conservado entre nosotros, incluyen los primeros monumentos del origen de las cosas. Aun son mas antiguos que aquellas producciones fabulosas del humano entendimiento que despues divirtieron tan vanamente la credulidad de los siguientes siglos; y como el error siempre nace de la verdad y es un vicioso imitador de ella, por eso las fábulas del paganismo tomaron su fundamento de los principales pasajes de esta divina historia; de modo que puede muy bien decirse que hasta el error tributa respetos en esta parte á la antigüedad y autoridad de nuestras Santas Escrituras.

Ahora bien, católicos, este solo carácter merece ya algun respeto. Las demás religiones que se precian de mas antiguo origen, no nos han dado mas pruebas de su antigüedad que unas relaciones fabulosas que por sí mismas se desvanecen. Han desfigurado la historia del mundo con un caos de siglos innumerables é imaginarios, de los que no ha quedado á la posteridad sucesó alguno y jamás los ha conocido la historia del mundo. Los autores de estas torpes ficciones no escribieron hasta muchos siglos despues de los hechos que nos refieren. Y basta decir que esta teología fué fruto de la poesía y que las invenciones de este arte fueron los mas sólidos fundamentos de su religion.

En la nuestra se halla una consecuencia de hechos razonable, natural y conformes entre sí; es la historia de una familia continuada desde su primera cabeza hasta el que la escribe, y justificada en todas sus circunstancias; es una genealogía en que cada jefe está señalado con sus propios caracteres, con sucesos que aun subsistian entonces, con

señales que aun se conocian en los lugares que habian habitado. Es una tradicion viva, la mas creida que entonees hubo en la tierra, pues Moisés no escribió mas de lo que habia oido decir á los hijos de los patriarcas, y éstos no contaban sino lo que sus mismos padres habian visto. En ella todo se mantiene, todo guarda consecuencia y se aclara por sí mismo. Los pasajes no son imitados ni los sucesos sacados de otra parte y acomodados al intento. Antes de Moisés el pueblo de Dios nada tenia por escrito; Moisés no dejó á la posteridad mas que lo que recogió de la viva voz de sus mayores, esto es, toda la tradicion del género humano, y así fué el primero que redujo á un libro la historia de las maravillas de Dios y de su manifestacion á los hombres, cuya memoria habia sido hasta entonces toda la religion, toda la ciencia y todo el consuelo de la familia de Abraham. La buena fe de este autor se manifiesta en la sencillez de su historia. No se vale de precauciones para ser creído, porque supone que aquellos para quienes escribe no necesitan de ellas para creer, y que solo refiere unos hechos públicos entre ellos, mas para conservar la memoria en sus descendientes que para instruirlos á ellos mismos.

Ved, católicos, por dónde empieza la religion cristiana á adquirirse estimacion en el espíritu de los hombres. Volved á todas partes, leed la historia de los pueblos y de las naciones y no hallareis cosa alguna tan bien fundada en la tierra. ¿Qué digo tan bien fundada? ni que tanto merezca la atencion de un talento despejado. Si los hombres nacieron para alguna religion, para ninguna mas bien que para esta. Si hay un Ser Supremo que haya manifestado la verdad á los hombres, sola esta es digna de los hombres y de él. En todas las demás su origen es fabuloso; en esta es tan seguro como todo el discurso de ella, y los últimos

siglos, que no la podemos negar, solo son pruebas de la certidumbre del primer siglo en que nació; luego si hay alguna autoridad en el mundo á quien deba ceder la razon, es á la de la religion cristiana.

Al carácter de su antigüedad debe añadirse el de su perpetuidad. Representaos aquí aquella variedad infinita de religiones y sectas que sucesivamente han reinado en la tierra; seguid la historia de las supersticiones de cada pueblo y de cada país; todas han durado cierto número de años y han caido despues con el poder de sus sectarios. ¿Dónde están los dioses de Emath, de Arphar y de Sepharvaim? Acordaos de la historia de aquellos primeros conquistadores; vencieron á los dioses de los pueblos, al mismo tiempo que vencian á los pueblos mismos, y destruian su culto cuando arruinaban su dominio. ¿Qué cosa tan grande es, católicos, el ver la religion de nuestros padres mantenerse sola desde el principio, sobrevivir á todas las sectas, y á pesar de la varia fortuna de los que la han profesado, pasar siempre de padres á hijos sin poder jamás ser arrancada del corazon de los hombres; luego no es un brazo de carne el que la ha conservado. ¡Ah! el pueblo fiel casi siempre ha sido débil, oprimido y perseguido. No, nuestros padres, como dice el profeta, no poseyeron la tierra con la espada: *Nec enim in gladio suo possederunt terram.*¹ Ya esclavos, ya fugitivos y ya tributarios de las naciones, vieron mil veces la Caldea, la Asiria y Babilonia; las potencias mas formidables de la tierra y todo el universo determinaron su ruina y la entera extincion de su culto; pero este pueblo tan débil, oprimido en Egipto, errante en el desierto, llevado despues cautivo á las provincias extranjeras, nunca pu-

¹ Psalm. 43. v. 4.